

*ACTUALIDAD DEL AFGANISTAN EN LA ENCRUCIJADA  
ASIÁTICA MUNDIAL*

Parece indudable que si en la vida internacional el año 1972 se inició con un cambio total en el sistema de las posiciones y las posibilidades de las potencias mundiales o las que tienden a serlo, la causa principal de dicho cambio ha estado en los efectos de la brusca y breve guerra entre la India y el Pakistán; seguida por el nacimiento de «Bangla Desh» o Bengala Oriental como nuevo Estado independiente. Por lo pronto, dicha Bengala ha surgido gracias a la intervención de los gobernantes y las tropas de Nueva Delhi. Después ha comenzado a organizarse con el apoyo directísimo indio, y dentro de las normas político-sociales y económicas indias. Además la nación de la Unión India, que oficialmente se llama «Bharat», ha conseguido indirectamente un éxito psicológico general (al margen de la ONU o a contrapelo de la ONU) y ha aumentado sus posibilidades de acción interasiática de un modo inesperado y sorprendente. Para Nueva Delhi ha desaparecido el aspecto de tenaza que tenía el Pakistán doble, apretando a la India por el Oeste y el Este. Ahora parece ser que, en el ambiente semi-continental indostano, el nuevo auge indio puede ser peligrosamente expansivo.

Desde luego el 9 de diciembre de 1971 constituyó un primer punto «oficial» de referencia la declaración hecha en Wáshington por un portavoz de la Casa Blanca de que antes de que las tropas indias iniciasen su ofensiva sobre la Bengala Oriental, entonces pakistaní, el presidente Nixon había obtenido del presidente Yahya Jan la importante concesión de que el jefe del Estado pakistaní estuviese pronto a negociar un programa para la autonomía efectiva del Pakistán Oriental; pero que no pudo hacerlo por el brusco adelantamiento del ataque de las fuerzas armadas indias.

Aquella afirmación estadounidense fue de hecho confirmada por los testimonios de más de 400 europeos y americanos de varios países que, eva-

cuados de Karachi, llegaron al aeropuerto persa de Teherán, afirmando que la culpa del conflicto era toda de la India; no sólo porque evidentemente «los pakistaníes no tenían ningún interés en comenzar el combate», sino porque el separatismo de Bengala Oriental venía recibiendo consignas desde Delhi. Por otra parte, desde París, la ponderada revista *Le Monde Diplomatique* apuntó en su número más reciente que, gracias a su éxito al poner «Bangla Desh» bajo su influencia, India puede pretender actuar como nueva gran potencia asiática, e incluso pasar a ser concurrente de China en todas aquellas regiones.

En cuanto al nuevo Pakistán, reducido a su antigua zona occidental, ha quedado con menos de 50 millones de habitantes, junto a los 537 millones de la «Unión India» o «Bharat» (que de hecho pueden contarse como casi 600 millones, agregando los de la influenciada o satélite Bangla Desh). Esto impone al Pakistán recortado y empobrecido una política de disminuciones, austeridad y defensa precaria.

En tal sentido, el episodio más significativo y trascendental de enero fue el de la rápida y subrayada visita que el nuevo presidente pakistaní, Zulfikar Ali Bhutto, realizó a la capital del contiguo reino del Afganistán para entrevistarse con el soberano de aquel país, Mohammed Zahir Shah. La visita tuvo por objeto explicar detalladamente al rey afgano todos los extremos de la nueva situación que ha quedado planteada en el semicontinente indostano y sus alrededores. En una esquemática referencia oficiosa que se dio después de la entrevista, se dijo que también se habían tratado «asuntos de interés común» para Afganistán y Pakistán.

Al dar cuenta de esto, la prensa diaria de algunos países de Europa Occidental sólo lo hizo llamando la atención acerca de la necesidad que un nuevo Pakistán privado de su parte Este (que era la más poblada y más rica) tenga ahora de adherirse a todo un sector internacional del Oeste, en el cual Afganistán, Irán y, acaso también, Turquía son las piezas más destacadas. Otros comentarios más pesimistas y vueltos del revés para el país que ahora gobierna Ali Bhutto apuntaban que acaso influyese la necesidad de obtener que desde Afganistán no se apoye a muchos elementos hostiles al predominio del partido político que dirige Bhutto. Porque ese partido no tuvo éxito electoral en la provincia de Beluchistán y en ciertos sectores montañosos del Noroeste limítrofe con el reino de Mohammed Zahir Shah.

En realidad las cosas son muy distintas vistas desde el terreno de las perspectivas directas de vínculos geográficos que unen a Afganistán con el

Pakistán Occidental en lo físico y lo humano. En el reino de Afganistán, que cuenta con unos 16 millones de habitantes, unos 10 millones pertenecen a la raza predominante de los *pathanes*; raza adusta y guerrera que habla el idioma llamado *puchtu*. El resto de la población se reparte entre gentes de razas tártara, irania, turcomana, etc.; incluso algunos núcleos considerados descendientes de los macedonios de Alejandro Magno. Ahora bien, dentro de la cifra de 43 millones de habitantes que Pakistán Occidental sumaba según el censo de 1961, unos seis millones y medio eran gentes de raza *pathana* y lengua *puchtu*. Se trataba de los habitantes de la provincia de Peshawer, que se extiende al borde de la frontera de Afganistán, en la zona del famoso desfiladero llamado «Khyber Pass».

La mitad aproximadamente de estos *pathanes* con ciudadanía pakistani son los que habitan en la llanura, al Oeste del río Indo y en torno a la ciudad de Peshawer. La otra mitad están en lo alto de las sierras, dividiéndose en grandes tribus que son parcialmente casi autónomas. Cuando la India pertenecía a Inglaterra, la parte llana y agrícola del Oeste del Indo constituía la provincia de Peshawer, administrada directamente por el mando militar británico. Las tribus de las montañas que ocupaban un territorio ni indio ni afgano (en sentido político) estaban armadas y en continua agitación de grupos contrapuestos; siendo como una zona-tapón entre las fronteras indo-británica y afgana propiamente dicha. Pero además la zona de las tribus era cruzada cada año (y sigue siéndolo) por cientos de miles de nómadas que van y vuelven con enormes masas de ganado desde los pastos de verano a los pastos de invierno y viceversa.

La nación pakistani independiente que nació el año 1947, separándose de la India, y siendo otro miembro diferente de la Commonwealth, comenzó por heredar (entre otras) la «provincia Noroeste», con Peshawer; pero tardó algunos años en conseguir que las tribus libres montañosas de la anterior «zona neutra» accediesen a convertirse en una parte del Pakistán, aunque conservando ciertos derechos locales. Esto comenzó por provocar indignación entre los gobernantes de Cabul o Kabul, la capital del reino del Afganistán, que pedían la incorporación de las tribus a su propio mando. Así las relaciones entre Cabul y Karachi (que era entonces capital de la república pakistani) estuvieron tirantes durante mucho tiempo, e incluso a veces se temió que llegasen a una guerra para disputarse la posesión del territorio tribal del «Khyber Pass» o paso de Jaiber (zona que entonces era especialmente designada con el nombre de «Puchtunistán»).

En mayo de 1963, por mediación del shah del Irán, fue firmado en Teherán un acuerdo de paz y amistad entre los regímenes de Cabul y Karachi. La zona montañosa quedó dentro del Pakistán, aceptándose la situación *de facto*; pero se admitió la posibilidad de que en alguna ocasión futura las tribus celebrasen un referéndum propio para ratificar o rectificar el acuerdo de los dos Gobiernos. Las tribus habrían de decidir si deberían pertenecer al uno, al otro o ser una tercera semi-nación; o sea, el referido «Puchtanistán». Aunque el estado de recelos locales de los clanes montañoses ha hecho que tal referéndum quedase como una posibilidad borrosa que no se llegó a efectuar.

Desde 1958 hasta el reciente 1971 duró en la llamada «República Islámica del Pakistán» el régimen militar autoritario, cuyos jefes sucesivos fueron el mariscal Ayub Jan y el general Yahya Jan. Ahora bien, ambos eran pakistaníes de raza afgana genuina (o sea, *puchtu*), así como muchos otros de sus colaboradores en los altos mandos.

Después del desgarramiento del Pakistán bipartito y la condena de los métodos de Yahya Jan, sustituido por el régimen de Ali Bhutto, se ha creído posible que la visita de éste a Cabul haya sido en parte para convencer al jefe de Estado vecino de que el sistema de concentración de poderes de Bhutto y su partido no implica ninguna intención hostil hacia los sectores *pathanes*, del aparato oficial pakistaní.

En realidad la importancia del papel o los papeles de eje entre los distintos sistemas o de fuerzas locales y mundiales que se entrecruzan en el semi-continente indostano y sus inmediaciones tiende a crecer para Afganistán con gran rapidez. Después de haber estado casi olvidada tras los años del poderío británico, la región por donde se baja hacia el llano del Indo desde las altiplanicies del viejo conjunto irano-afgano, sigue siendo el punto clave principal respecto a la estrategia de toda Asia meridional.

Por el citado paso Jiber, que recuerda conquistas de los aqueménides y Alejandro, de hordas de Jenjis Jan y emperadores «grandes mongoles», pasa desde los meses iniciales del año 1971 una modernísima autopista que une las repúblicas del Turquestán soviético con el Pakistán Occidental, y desemboca en el puerto de Karachi. La autopista fue construida bajo dirección rusa, con concursos locales de los dirigentes de Cabul e Islamabad. Se trataba de abrir por allí una salida rápida y directa de toda Asia central hacia el Océano Indico. Una salida marítima prevista nominalmente sólo para usos comerciales, pero que puede utilizarse para toda clase de flotas.

Además del sector del paso Jiber, otro sector de confluencia de intereses naturales afgano-pakistanés viene a ser el de Cachemira o Kachmir. Por ejemplo, cuando en 1947, después de la partición de la que había sido objeto el imperio inglés de la India, Cachemira (que era musulmana) fue invadida por las tropas indias de Delhi, hubo matanzas de la población local y anexión por fuerza a la nueva nación de «Unión India» o «Bharat». Los cachemiranos pro-musulmanes sólo pudieron conservar un trozo reducido de suelo de Cachemira, gracias al apoyo espontáneo de las tribus afganas de las montañas del Puchtanistán, las cuales enviaron millares y millares de combatientes. Así lograron que al Estado islámico pakistaní le quedase el trozo cachemirano llamado «Azad Kachmir».

Cuando desde mayo hasta septiembre de 1965 tuvo lugar la guerra de India contra Pakistán, llamada «segunda guerra de Cachemira», se trató de una contienda entre tropas regulares indias y pakistanés, no sólo dentro de Cachemira, sino sobre todo en los llanos del Punjab. Afganistán no intervino directamente, pero en la ONU su acción siguió la causa del Pakistán, y después cooperó en relación con el acuerdo de paz de Tashkent, que el presidente soviético Kosygin obtuvo entre el presidente pakistaní, Ayub Jan, y el jefe del gobierno indio, Shastri.

Cuando a fines de 1971 el presidente pakistaní Yahya Jan se opuso tenazmente a conceder a Bengala Oriental una autonomía amplia, varios observadores especialistas de Europa Occidental apuntaron que lo había hecho por recelo de que el aflojamiento de los lazos entre Islamabad y Dacca llevase a que los gobernantes indios pudiesen tener mayor libertad de presión hacia el Oeste, amenazando por el lado de Cachemira. En realidad la pérdida y la catástrofe del Pakistán se produjeron al Este; pero Cachemira sigue siendo un grave problema sin resolver. El plebiscito propuesto por la ONU y aceptado en principio en 1948 nunca se llegó a celebrar, a causa de la intransigencia de Nueva Delhi.

Volviendo al Afganistán actual, puede observarse que está rodeado por los sectores de los mayores problemas y las mayores tensiones de Asia. No sólo se trata de que se encuentre implicado en la pugna indo-pakistaní en torno a Cachemira, sino que, junto a un extremo de los montes afganos del Hindukuch, está un pico de la frontera china contiguo al sector soviético de la meseta del Pamir que actúa como gran atalaya militar de la URSS. También es Afganistán en lo humano un borde del antiguo Oriente

del más genuino Islam; pero a la vez se asoma al Extremo Oriente por un borde orográfico del techo del mundo.

Desde muchos puntos de vista, la situación del reino de Afganistán se asemeja hoy a la que Suiza desempeñaba en siglos pasados como pequeño país neutro y montañoso rodeado por grandes poderes expansivos y armados. Los parecidos y las coincidencias entre Suiza y Afganistán han sido subrayados con frecuencia. Así el año 1964, en el cual Afganistán adoptó la Constitución por la cual se rige, el diario *La Tribuna de Ginebra* subrayó en varios artículos los motivos existentes para llamar a Afganistán «la Suiza de Asia», y recordaba que la Confederación helvética fue hecha por los campesinos de sus cantones montañoses como un refugio medieval de seguridad y libertad. Después Suiza tenía preparados a ponerse en pie de armas a todos sus hombres, apenas se producían luchas de Estados expansivos todo alrededor. Con mayor número de habitantes, pero con menores recursos, el reino afgano, aunque sólo tiene un ejército permanente de menos de 100.000 hombres con material moderno, y unos 200 aviones, puede armar a las gentes de las tribus del Sur y del Este en caso de invasión o amenaza de invasión.

La misma posición geopolítica y estratégica en la cual predominan los recelos y los riesgos, es la que hace de Afganistán uno de los más empeñados paladines del neutralismo entre los bloques, el antiimperialismo y la paz por el camino de los sistemas mundiales. Afganistán fue un miembro activo de la antigua Sociedad de Naciones, y hoy es uno de los más entusiastas de la ONU. Hubo incluso un momento en el que Afganistán salvó a la ONU de una crisis financiera; cuando el año 1966 presidió la vigésima primera Asamblea General, el diplomático afgano Abdurrahman Pazhwak.

El neutralismo afgano tiene, sin embargo, la curiosa particularidad de que en cierto modo pasa a través de la amistad soviética; es decir, que se ejerce tomando como eje y punto de partida la amistad soviética, después de lo cual los demás contactos con grandes potencias se realizan como factores que complementan o contrapesan el factor soviético primordial.

Esto puede parecer absurdo, y en efecto lo es desde el punto de vista del sistema de las influencias y expansiones que desde mitad del siglo XIX las diferentes grandes potencias han desenvuelto en el conjunto del Cercano Oriente y del Asia meridional. En efecto durante aquel siglo el único gran peligro directo y tangible para el reino afgano y las tribus afganas fue el del avance conquistador y la expansión territorial del imperialismo

inglés, que desde la India amenazaba con absorber y englobar al reino afgano entero. Así hubo tres ataques llamados «las tres guerras afganas». Una de ellas la que en 1893 hizo que el reino perdiese toda la parte montañosa del Puchtunistán.

Sólo el hecho de que durante la primera guerra mundial Gran Bretaña se pusiese a desviar la mayor parte de su fuerza y sus posibilidades para luchar contra el imperio turco otomano para arrebatárle la mayor parte de sus territorios habitados por gentes de orígenes y lengua más o menos árabes, hizo que los gobernantes de Londres dejasen el empeño de conquista del Afganistán en un lugar secundario; ante las anexionaciones que se proponían realizar (y efectuaron) en Iraq, Arabia del Sur, Palestina-Transjordania, etc.; además de reforzar sus dominios sobre Egipto y Sudán.

La revolución bolchevique rusa de octubre de 1917 fue un factor inesperado que los británicos comenzaron por considerar del revés en Asia; puesto que la trataron como un factor europeo. Les pareció que si en Europa era catastrófica por disminuir los recursos y los frentes de acción de los países aliados que luchaban contra los imperios alemán y austro-húngaro, en Asia podía ser beneficiosa porque libraba al «imperio inglés de las Indias Orientales» de la vecindad de los zares (aunque la línea expansiva principal del zarismo no había sido la del Sur, sino la del Este, hacia Manchuria y Mongolia). Sin embargo, a última hora Gran Bretaña hizo la tercera guerra afgana, cuyo resultado fue tener que aceptar la total independencia del reino de Cabul. Fue en el tratado de Rawalpindi del 8 de agosto de 1919. Aunque la independencia total del Estado de Afganistán siempre había sido absoluta dentro de un territorio más o menos recortado.

En realidad Inglaterra no podía pensar ya en anexionarse el reino de Cabul, porque Londres comenzaba a enfrentarse con el intenso nacionalismo de las masas de la India, que seguían al partido del Congreso; o, por su parte, los afganos tenían las espaldas cubiertas, porque para ellos la revolución rusa significó la supresión de las «fronteras duras» del zarismo, reemplazadas por unas «fronteras laxas».

De hecho, el reino de Cabul, entonces regido por el emir y shah Amanullah (hijo del recién fallecido Habibullah, a quien habían asesinado unos elementos anglófilos), había ya proclamado e iniciado su «nueva independencia» el día 27 de junio de 1919. Una fecha que cada año se conmemora en la fiesta nacional con subrayado énfasis.

Ahora bien, resulta que la entonces naciente Unión Soviética fue el pri-

mer poder exterior y extranjero que se apresuró a reconocer al nuevo Estado afgano oficial. Autor personal directo y empeñado del reconocimiento fue el mismo Lenin. En el acto se establecieron relaciones diplomáticas. El 28 de febrero de 1921 se firmó un Tratado de amistad entre Cabul y Moscú. Otros pactos soviético-afganos fueron siendo concertados en 1926, 1931, 1946, 1955. Jrushev y Bulganin visitaron Cabul en 1955. Otra vez Jrushev en 1960. En mayo de 1969 fue Alexei Kosygin. Por su parte, el shah afgano hizo un viaje oficial a Moscú en junio de 1957.

La amistad y los pacíficos vínculos de cooperación entre el reino islámico de los afganos y la URSS se ha puesto frecuentemente como ejemplo de relación pacífica entre dos regímenes políticos muy diferentes. Realmente Rusia tiene en Afganistán todo lo que necesita; sobre todo un Estado-tapón (o Estado-puente, según los casos), que es un filtro respecto al semicontinente indostano y un sector económico que actúa como útilmente complementario respecto a las cinco repúblicas soviéticas de Asia central. Es decir, las de Kazahstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán y Kirgizistán. Todas habitadas en su mayoría por poblaciones de orígenes racialmente y culturalmente islámicos.

Mucho después de la acción rusa se inició la acción norteamericana, vacilante, y a veces contradictoria. Wáshington no comenzó a actuar sobre Cabul hasta después de la segunda guerra mundial. Comenzó por proceder a ocupar los sectores de influencias e intereses que habían tenido que dejar los británicos. Luego siguieron la vía de los préstamos y otras ayudas económicas delimitadas, dentro de una sucesión dispersa a los países del llamado «Mideast». En la época posterior de la «guerra fría», desde Wáshington se trataba de que los gobernantes de Cabul agregasen su país al grupo (entonces reputado como pro anglosajón) que formaron Turquía, Irán y el Pakistán, después de romperse el pacto de Bagdad de 1955. A última hora, los norteamericanos se contentaron con volver al sistema de las prestaciones económicas. Pero en ese terreno los soviéticos llevan también ventaja. Sobre todo porque ellos han dotado al Afganistán de una excelente red de comunicaciones modernas.

Respecto a China, hasta ahora las relaciones han sido tranquilas, aunque un poco distanciadas. Cabul reconoció al régimen de Mao Tse-tung en 1950, aunque sólo en 1955 se establecieron embajadas mutuas. En 1957 Chu En-lai visitó oficialmente Cabul. De China lo que más han deseado los afganos ha sido que Pekín cumpla las promesas de que el pequeño trozo de frontera



común sea «una línea de paz amistosa». En cuanto al papel de Afganistán en las recelosas tensiones ruso-chinas, ha venido siendo evidente que Moscú y Pekín coinciden en estimar que la existencia del factor neutro afgano al Sur es un flanqueo útil para unos y otros.

Entretanto los gobernantes de Cabul, sin descuidar el aspecto de su entusiasmo por la ONU, vienen cultivando también los de los vínculos musulmanes. Así el Afganistán apoya las tesis árabes en los organismos internacionales, aunque sin comprometerse directamente. Con el grupo no árabe que forman Turquía, Irán y Pakistán (componiendo la RCD o Grupo Regional del Desarrollo), Cabul mantiene relaciones económicas preferentes, al margen de la política. Por último, en los tiempos recientes Afganistán viene queriendo intensificar sus relaciones con Europa Occidental en todos los sentidos. De Francia recibe elementos culturales universitarios. De Italia, técnicos sueltos. Y cuando a fines de 1971 se manifestó el pleito de Bengala, el Shah Zahir y sus familiares visitaban en Londres a los soberanos británicos, y el Shah se entrevistó con Edward Heath para ayudar a buscar una acción pacificadora común respecto a la India y Pakistán. En realidad, tanto para Londres como para Cabul, un punto esencial es el de no perder los contactos con ninguna de las dos partes de las tres, contando a Bangla Desh.

RODOLFO GIL BENUMEYA

